

Cultura

Entrevista

XAVI AYÉN

Chisinau
Enviado especial



Muy pocos turistas visitan Moldavia, antigua república soviética que alcanzó su independencia en 1991. Nosotros hemos venido porque tenemos una cita con su escritora más célebre, Tatiana Tibuleac (Chisinau, 1978), que escribe en rumano, la lengua oficial del país. Pese a la tranquilidad que se respira, esta ciudad de 800.000 habitantes está a tan solo dos horas de coche de la guerra de Ucrania. Las estadísticas indican que es uno de los países más pobres de Europa, pero eso no se percibe paseando por los parques y las calles del centro de la ciudad. Como en los libros de Tibuleac la identidad (nacional, lingüística, personal) es el gran tema de una sociedad que ha visto cómo sus ciudadanos cambiaban de pasaporte y de alfabeto de una generación a otra, tras la independencia de 1991. En esa época se ambienta *Cuando seas feliz, golpea tú primero* (Impedimenta/Amsterdam), novela protagonizada por Mila, emigrante moldava en París, como la autora de *El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes*, un fenómeno internacional que solo en España ha vendido 200.000 ejemplares. El de ahora, cuenta, “es un libro sobre la relación de la mujer con su padre, periodista, como el mío, y el desarraigo de los emigrantes”.

Tibuleac vive en las afueras de París, pero ha querido que nuestro encuentro sea en Chisinau, y más concretamente en su barrio de Botánica, en los territorios donde suceden varios de sus libros, especialmente el segundo, *El jardín de vidrio*, sobre una niña y una anciana que recogen botellas por las calles de la ciudad.

“Mi padre, ya fallecido, odiaba la idea de que yo también fuera periodista, como él –revela la escritora, paseando por su antiguo barrio–. Es una profesión difícil. ‘Nunca comerás a tu hora y pasarás frío –me decía–. ¿Por qué no te haces médica? ¿Por qué no te haces cualquier otra cosa?’. En aquella época, ser periodista significaba despedirte de tu familia el lunes por la mañana y volver a casa el viernes por la noche, dormir en pueblos... Recorrías el país en autobús. Mi madre era correctora en el periódico... así que crecí en una familia en la que escribir y leer eran muy importantes. Nunca fuimos pobres... pero sabemos que nunca seríamos ricos”.

La ternura con que habla de su padre es como la del libro, donde se alterna con momentos de crudeza porque “todo el mundo pasa por una etapa en la que odia a todo el mundo y, ante todo, a sus padres”. Sin embargo, “él me enseñó a leer. Y con esto no quiero decir que me enseñara el alfabeto, sino que me enseñó a leer literatura, cómo entender los libros. Aprendí de él lo importante que puede ser un libro en la vida de alguien, en la



BENET ROMÁN

Tatiana Tibuleac, en una sala del Teatro Nacional de Moldavia, durante la entrevista

“Todos eran alcohólicos durante el comunismo”

La moldava Tatiana Tibuleac habla de su nueva novela, basada en su padre periodista y la realidad de la emigración

visión que tienes de la vida. ‘Lee muchos libros malos –me decía– porque solo así llegarás a los buenos’. Opinaba que nadie puede decirte qué es un buen libro hasta que lees uno malo y otro... y al final ya lo entiendes tú”. Con un suspiro, asegura que “le importaba más su profesión que su familia. No le

años, pese a los consejos de su padre, como periodista televisiva. Al emigrar a Francia, un día, tras pasar un verano con su padre, sintió la necesidad de escribir ficción y, así, recuperar sus raíces. La frase inicial de *El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes* (2017), ya se ha hecho famosa: «Aquella ma-

ñana en que la odiaba más que nunca, mi madre cumplió treinta y nueve años. Era bajita y gorda, tonta y fea. Era la madre más inútil que haya existido jamás».

Muy distinta es la relación que mantiene la autora con su madre, a quien visitamos en su apartamento. Nació en un gulag en Sibe-

ria, donde sus padres, pequeños propietarios rurales, habían sido deportados. Nos ha cocinado placentas, unas tartas al horno tradicionales de la cocina moldava, y nos muestra álbumes de fotos.

“Lo más traumático de las deportaciones de mi familia es que nadie hablaba de ello –prosigue Tibuleac–. Mi abuela me contaba historias de la tierra del invierno, la tierra del hielo, sin más, así que durante muchos años pensé que era una tierra mágica. Aquella mujer, que fue deportada allí para ser exterminada, encontró fuerzas para inventarme cuentos de hadas. Mi madre me contó la verdad cuando yo ya era periodista”.

El alcohol es uno de los temas centrales del libro. “En la antigua Unión Soviética casi todo el mundo era alcohólico, no solo mi padre. En París, durante la pandemia, también vi a mucha gente a mi alrededor que empezó a beber un poco más, yo incluida. Y pensé que era una forma de conectar con el pasado, aunque no esté muy orgullosa de esta conexión, claro, pero de algún modo fue tejer otro vínculo con él. Y sí, hice que mi personaje fuera alcohólico. Me interesó mostrar la marginalización de las mujeres alcohólicas: en Europa del este, si un hombre bebe, sigue siendo el mismo, pero la mujer cae en la decadencia”.

“La independencia fue estúpida –piensa la autora– pero no tuvimos los medios para disfrutarla, caímos en una enorme pobreza y se produjo una emigración masiva. Ese es el otro tema clave del libro. Fue una época muy dura, mi padre y muchos intelectuales se vieron muy afectados, lo perdieron todo, sus trabajos, su dignidad, su capacidad para mantener a sus familias. Todos esos

Continúa en la página siguiente

De la pantalla a la biblioteca

■ El encuentro de Tibuleac con este diario es el nuevo capítulo, recién estrenado, de la serie de entrevistas televisivas con escritores *Palabra de...*, que puede verse en la plataforma cultural gratuita CaixaForum Plus y por la que han pasado ya cuatro premios Nobel de Literatura –Orhan Pamuk, Jon Fosse, Abdulrazak Gurnah y J.M.G. Le Clézio– así como autores

como Margaret Atwood, Mircea Cartarescu, Pierre Lemaitre o Colm Tóibín, todos ellos visitados en sus lugares de residencia en diversos lugares del mundo. Además de esta versión audiovisual, Tibuleac hablará de su nuevo libro con los lectores de Barcelona mañana jueves en un acto que tendrá lugar en la biblioteca J.V. Foix de Sarrià (18.00 h).

“Mi padre me enseñó a leer, a entender lo importante que puede ser un libro en la vida de alguien”

culpo, porque creo que yo hubiera hecho lo mismo si no fuera mujer y no tuviera hijos. Para él, la dignidad consistía en ser honesto en su trabajo, hacerlo muy bien y ser respetado por ello”. “No podía ser un libro sobre él, sino que es sobre los dos y nuestras respectivas generaciones”, concluye.

Tibuleac fue conocida durante

Aida dos Santos, premio Nacional de Ensayo por 'Hijas del hormigón'

El jurado valora su mirada feminista sobre la lucha de clases

JULIO HURTADO
Madrid

Aida dos Santos (Algarve, 1992) fue galardonada ayer con el premio Nacional de Ensayo, que concede el Ministerio de Cultura y está dotado con 30.000 euros, por su obra *Hijas del hormigón: historias de clasismo, sexismo y violencia en las periferias españolas* (Debate).

El jurado ha seleccionado su obra por "su enriquecedora, osada y original forma de abordar la realidad de aquellas que, desde la periferia, sostienen los sectores esenciales del tejido social y económico" de la sociedad española, se lee en el comunicado que anuncia el galardón. "Enmarcadas en una trayectoria histórica precisa y bien documentada, las experiencias de estas mujeres son analizadas desde un contexto social y geográfico marcado por la precariedad y la desigualdad", continúa la nota del jurado, que valora, asimismo, que el texto "combate los miserabilismos y la visión tradicionalmente masculina de la clase obrera". Una mirada feminista.

"De este modo, la obra convierte los testimonios individuales de las trabajadoras del extrarradio en una profunda reflexión colectiva que pone de manifiesto la intersección entre racismo, clasismo, violencia y sexismo en las lógicas de exclusión contemporáneas", argumenta el jurado del premio, que el año pasado reconoció a Remedios Zafra.

"*Hijas del hormigón* es un ensayo encarnado y necesario que nos interpela directamente como sociedad, invitándonos con urgencia al análisis de una problemática que, aun siendo de total actualidad, es sistemáticamente ignorada", con-



Aida dos Santos

ZIPIARAGON / EFE

"La obra convierte los testimonios individuales de las trabajadoras del extrarradio en una reflexión colectiva"

cluye el jurado, presidido por María José Gálvez Salvador, directora general del Libro, del Cómic y de la Lectura del Ministerio de Cultura.

En cuanto a la recepción de la crítica, la periodista y escritora Begoña Gómez Urzaiz, colaboradora de *La Vanguardia*, dejó escrito al publicar este ensayo: "Cuando se pregunta a las que creen que no tienen nada importante que contar, surgen cosas asombrosas. En los relatos de estas

hijas del hormigón y el toldo verde, y en el contexto que aporta Aida dos Santos, reside toda la historia reciente de España, contada desde la perspectiva que menos estamos acostumbrados a escuchar, la de las mujeres empobrecidas".

"Hablar de extrarradio y de periferia significa hablar de clase obrera, de bloques de ladrillo y hormigón, de toldos verdes comidos por el sol, de pisos sin ascensor y de cierto porcentaje considerable de población migrante en edad de trabajar. Aunque se conocen como barrios de clase trabajadora, también los habitan muchas personas sin empleo que se arriesgan a perder una muela por no poder empastarla", resume Penguin Random House, el gran grupo editorial al que pertenece el sello Debate, en su página web.

"Mientras que la literatura obrerista se ha encargado de romantizar el mono azul de trabajo y la academia feminista aboga por romper techos de cristal, las condiciones de quienes se encargan de lavar los primeros y barrer los segundos han quedado totalmente descuidadas y olvidadas. Cargadas de razones y muy cansadas de cuidar para que otras concilien, un centenar de *Hijas del hormigón* le han contado a la politóloga Aida dos Santos su día a día, porque la precariedad y las privaciones no siempre las recoge la estadística. Ahí donde leas 'Esto a mí también me pasa' y asientas en silencio estará la prueba de que lo que te atraviesa a ti, nos limita a todas", prosigue el comentario de la obra premiada, que hace sumar el nombre de Aida dos Santos, licenciada por la Complutense, a una selecta lista de pensadores galardonados.●

Tibuleac: "La guerra de Ucrania nos afecta cada día"

Viene de la página anterior

valores según los cuales tienes que estudiar, trabajar duro y así conseguirás tu objetivo... dejó de tener sentido porque todos esos acabaron siendo pobres, mientras que algunos que no lo hicieron eran millonarios. Fue una época de caos, de delincuencia..."

"Soy la primera inmigrante oficial de mi familia", comenta. Pero se considera afortunada "en comparación con aquella primera ola de emigrantes ilegales que debió trabajar muchos años para pagar las deudas del viaje, vivían

en condiciones precarias, muchos fueron víctimas de la trata de personas". La nueva novela aborda en "el hecho de no tener trabajo, no tener una identidad, la sensación de no pertenecer a ningún sitio".

El jardín de vidrio, la segunda novela de Tibuleac, se centra en una huérfana que crece entre dos idiomas y culturas, símbolo del país actual, hasta el punto de que se ha realizado una imponente versión teatral, a cuyo estreno en el Teatro Nacional asistimos por la noche, acompañados de la autora. Los aplausos duraron más de 8 minutos.

Los libros de Tibuleac, a caballo siempre entre lo personal y los grandes acontecimientos históricos, encuentran la belleza en lo más horrible. Sobre la guerra de Ucrania, afirma que "está aquí al lado, y nos afecta cada día. También tenemos un territorio anexionado por Rusia, Transnistria. Tenemos amigos, familias... No formamos parte de la Unión Europea, así que la amenaza rusa es más seria. La guerra de Ucrania nos muestra que olvidar el pasado y no crear una memoria colectiva en un país puede conducir a esto. Durante muchos años tuvimos aquí un régimen comunista y no hicimos nada como sociedad para que los criminales pagaran, como en el Holocausto. Es el mismo tipo de crimen: hubo gente que murió de hambre, gente deportada, gente a la que mataron"●

Salto al vacío en Madrid

Teresa Sesé



Nunca un salto al vacío habrá provocado tantos sueños de evasión como el de Yves Klein en 1960. El joven artista tenía 32 años y le quedaban solo dos de vida. Desde lo que parece el segundo piso de un edificio de apartamentos, el gran bromista se lanza vestido con traje y corbata, los brazos extendidos, el torso apuntando el cielo y una expresión de absoluta confianza en poder volar. Por supuesto, la imagen era un montaje. Klein saltó efectivamente desde la ventana de un suburbio parisino, pero se habría precipitado contra la acera de no ser porque un poco más abajo le esperaban con una lona sus amigos yudocas. El propio Klein era cinturón negro 4.º dan de yudo y en sus dos estancias en Madrid, en 1951 y en 1954, se ganó la vida gracias a las artes marciales. La primera dando clases en un club de Recoletos; la segunda, ya convertido en deportista de élite tras obtener el título en una prestigiosa escuela de Tokio, como entrenador de la Federación Española de Yudo.

Había planeado con Claude Pascal atravesar el país hasta alcanzar Marruecos a caballo, pero el plan se frustró cuando el compositor contrajo la tuberculosis. Klein llegó "solo y triste", pero al poco empezó a escribir en español unos diarios en los que anotó sus impresiones de los toros, Lola Flores y Manolo Caracol, sus descubrimientos en el Prado... Le acompañaba un espíritu burlón y divertido, y fue aquí donde dio el salto hacia un mundo libre en el que el arte no necesitaba marcos. Su primera obra, *Yves. Pinturas*, fue en realidad la

Yves Klein fue entrenador del equipo español de yudo y murió por culpa de aquello que había creado

pantomima del catálogo de una exposición de cuadros monocromos que aún no existían y que los pintaría y exporndría al año siguiente en París.

Lo que vino después fue una carrera fugaz y fulgurante de siete años de aventuras estéticas. Patentó un color, el Azul Klein Internacional (azul ultramar intenso con un aglutinante de polímero para preservar su intensidad cromática y textura polvorizante); vestido como un James Bond listo para el casino, pintó lienzos enormes utilizando mujeres desnudas como pinceles humanos mientras una orquesta interpretaba una misma nota sostenida durante 20 minutos seguidos de otros 20 de silencio, creó pinturas con lanzallamas y flanqueado de bomberos o exponiéndolas al viento y la lluvia sobre el techo de un coche en marcha, congregó a miles de parisinos a una galería que no contenía absolutamente nada y vendió espacios vacíos a cambio de oro que lanzaba ceremoniosamente al Sena. Fue un genial volcán creativo.

Y un *showman* que sabía cómo autopromocionarse, aunque le angustiaba cuando la publicidad le impedía ser tomado en serio. Su propia convicción lo hacía frágil y el menor contratiempo lo destrozaba. "Que todo lo que surja de mí sea bello", le había pedido a Rita de Casia, la santa de las causas perdidas y los casos desesperados. Dos años después del salto al vacío, sufrió un ataque al corazón al ver en el Festival de Cannes cómo era ridiculizado en la película *Mondo cane* (Perro mundo). El disgusto agravó un estado de salud debilitado por el pigmento que había creado y que lo estaba envenenando. Al cabo de un mes falleció.